

TAILONDIA
EN PAÑOS MENORES

Luis Garrido-Julve

Tradición y modernidad

Los tailandeses son unos tipos felices. Más o menos. O eso es lo que cuentan muchos turistas cuando vuelven a su casa tras un viaje por el Sureste Asiático. Bueno, algunos de ellos ya lo decían antes de hacer las maletas. Por algo al que fue el reino de Siam lo llaman el país de la sonrisa, ¿no? Y sin embargo, una mañana de martes cualquiera en, por ejemplo, Asok no se ven muchas caras felices. Ese Asok es el centro de Bangkok, quizás la intersección más importante de la capital del país y donde los alquileres son casi prohibitivos. Y allí, entre semana, sonrisas pocas. Sobre todo entre los conductores que esperan parados a que el semáforo cambie de color. Pero, claro, uno no está para primaveras si la rutina diaria en Asok es esperar media hora dentro de un coche para avanzar un kilómetro y medio. Bangkok es la ciudad con mayor tiempo de desplazamiento para ir al trabajo, donde se necesita una hora para recorrer diez kilómetros en carretera. Cuando menos, los tailandeses lo sufren estoicamente y no se quejan. Simplemente, esperan. Eso sí, sin sonrisa.

Es por eso que, si puedo elegirlo, mis trayectos por el centro de Bangkok en hora punta los hago en transporte público o a pie. Andando puedes ir más deprisa que en coche, pero a la mayoría de tailandeses lo de caminar no les gusta. No acaban de ver lo de pasear por placer. Por eso del calor. Para ellos, si tienes dinero no caminas; vas en coche. Aunque no puedas ni sonreír por la enorme espera dentro del vehículo, tienes aire acondicionado y cristales tintados contra el sol. Y en sus interiores, las muchachas tienen tiempo de maquillarse y los taxistas llevan una botella vacía con la que aliviarse si les da un apretón. Al menos, ese desahogo al volante sí que les arranca alguna sonrisa.

Sin embargo, cuando me hablan de la sonrisa de Tailandia es curiosamente Asok lo que me viene a la cabeza. No por el tráfico, sino por el recuerdo de una mañana en la que también sufría yo el atasco dentro de un taxi. Los coches casi ni se movían y solo se escuchaba el ruido de otros automóviles. Hasta que, de pronto, el griterío de un fulano rompió la escena habitual. Alguien vociferaba a pleno pulmón, con la efusividad del cante jondo en un tablao andaluz. Miré en la dirección de la que venían los chillidos y vi a un tipo sentado en la parte de atrás de una camioneta, con los pies colgando fuera del carromato, cantando y palmeando sus rodillas como si fuesen un tambor. Probablemente aquel fulano trataba de entonar las canciones de su seguramente remota aldea al noreste del país, ya que el dialecto de Isaan, la zona más pobre de Tailandia, le delataba. Y le daba igual que el sol le diese en la frente o que se viese forzado a respirar el humo de los coches. Él cantaba y gritaba, hacía gestos exagerados con la cabeza como si estuviese sobre un escenario y disfrutaba. Sentado en una camioneta roñosa cargada de mugre.

Cuando pienso en la sonrisa de Tailandia me gusta acordarme del cantante de camionetas. Un tipo que animaba su mañana de martes como si no hubiese mañana, allí, rodeado de otros tipos que trataban de ser felices dentro de sus coches. Pagados a plazos para ir a un trabajo que les permitiese seguir abonando las deudas.

Las guías de viaje, sin embargo, no hablan de los cantantes de camionetas ni de los tipos que sufren atascos para ir al trabajo cada mañana. Tampoco de las élites que ostentan el poder en Tailandia y que representan a menos de un 1% de la población. Las mismas que, no obstante, controlan la mitad de todo el dinero que se almacena en los bancos siameses. No se habla igualmente de la situación política del país, donde los militares se hacen con todo el poder y encarcelan a quienes no piensan como ellos, eso que llaman «seguridad de Estado». Lo que en cambio nos cuentan en esos libros turísticos es que Tailandia es la tierra de la sonrisa. Un paraíso

tropical de gentes amables y divertidas, con hermosos para-
jes y la felicidad por bandera. Pocas campañas publicitarias
pueden presumir de un éxito tan incontestable como la que
bautizó a esta parte del mundo «el país de la sonrisa».

Porque la sonrisa de Tailandia no deja de ser una cam-
paña publicitaria. Ideada en estudio y ejecutada bajo un
brillante plan de marketing. La estrategia de imagen que
en el país mejor ha dado en la diana y una que condiciona
lo que muchos viajeros sienten al llegar al país. También la
que ha llevado a gesticular sonrisas a aquellos que se dedi-
can al negocio del turismo en Siam. El conductor del *tuk-
tuk*, los hoteles que reciben a turistas, el que fríe fideos en
la calle de los mochileros y hasta las chicas enseñando pe-
chuga que bailan bajo las luces rojas en los barrios calientes
de Bangkok. La sonrisa se ensaya y funciona, con muchos
viajeros de vacaciones que alaban lo bien que les trataron y
lo amable que resultó ser el pueblo tailandés. Porque los tu-
ristas tienen pelus. Luego, esos mismos que tantas sonrisas
ofrecieron a los visitantes de los que sacan esas pelus igual
ni miran al occidental que se encuentran en el ascensor del
edificio donde viven. O ni se inmutan cuando un extranje-
ro es arrollado por una moto. Porque lo que no sea la pela,
a más de un tipo sonriente, se la pela.

¿Significa eso que Tailandia es un engaño? No seré yo
quien lo diga, al contrario. Su sonrisa no deja de ser una
manera de vender el país. Nada más. Igual que el estereotipo
de España como país de la siesta, cada vez menos habitual
en la piel de toro y más común en todo el mundo. De cara al
turismo, la sonrisa es algo que en Siam se practica para gus-
tar; y entre ellos, lo de sonreír puede ser un modo de evitar
el conflicto. Pero más allá de eso, hay algo muy tailandés en
todo esto de la sonrisa. Algo más que cultural.

-Sigue leyendo en la edición completa del libro-